

Prólogo

Jalid Murat, líder de los rebeldes chechenos, viajaba quieto como un muerto en el vehículo central del convoy que recorría las calles bombardeadas de Grozni. Los transportes blindados de personal БТР-60БП procedían del suministro habitual ruso y, por tanto, hacían indistinguible el convoy de todos los demás que patrullaban con estruendo la ciudad. Los hombres fuertemente armados de Murat se apretujaban en los otros dos vehículos, uno delante y otro detrás del suyo. Se dirigían al Hospital Número Nueve, una de las seis o siete guaridas diferentes que Murat utilizaba para mantenerse tres pasos por delante de las fuerzas rusas que lo buscaban.

Con una barba no muy poblada y a punto de cumplir los cincuenta, Murat tenía la imponente presencia de un oso y la mirada incendiaria de un auténtico fanático. Había aprendido pronto que el puño de acero era la única manera de imponerse. Había estado presente cuando Yogar Dudayev había impuesto en vano la *sharia*. Había sido testigo de la carnicería desatada al principio de todo, cuando los caudillos asentados en Chechenia, los socios extranjeros de Osama bin Laden, invadieron Daguestán y llevaron a cabo un rosario de atentados terroristas en Moscú y Volgodonsk que acabaron con la vida de unas doscientas personas. Cuando la responsabilidad de los actos cometidos por los extranjeros se hizo recaer falsamente sobre terroristas chechenos, los rusos dieron comienzo a su devastador bombardeo de Grozni y redujeron gran parte de la ciudad a escombros.

El cielo sobre la capital chechena era una masa borrosa, privada de claridad por un flujo constante de cenizas y carbonilla, una incandescencia brillante tan refulgente que casi parecía radiactiva. Los fuegos alimentados por el petróleo de los pozos petrolíferos ardían por doquier por el paisaje sembrado de escombros.

Jalid Murat miraba fijamente a través de los cristales tintados cuando el convoy pasó junto al esqueleto quemado de un edificio enor-

me, descomunal, cuyo interior sin techo rebosaba de llamas parpadeantes. Lanzó un gruñido, se volvió hacia Hasan Arsenov, su segundo en el mando, y dijo:

—Antaño, Grozni era el hogar adorado de los amantes que paseaban por sus anchos bulevares flanqueados de árboles, y de las madres que empujaban sus cochecitos por las plazas arboladas. La gran glorieta rebosaba todas las noches de caras felices y risueñas, y los arquitectos de todo el mundo peregrinaban para recorrer los magníficos edificios que una vez hicieron de Grozni una de las ciudades más hermosas de la tierra.

Meneó la cabeza con tristeza y le dio una palmada en la rodilla a su compañero en un gesto de camaradería.

—¡Por Alá, Hasan! —gritó—. ¡Mira cómo han aplastado los rusos todo lo que era bueno y hermoso!

Hasan Arsenov asintió. Era un hombre dinámico y lleno de energía, diez años más joven que Murat. Antiguo campeón de biatlón, tenía los hombros anchos y las caderas estrechas de un atleta nato. Cuando Murat asumió el liderazgo de los rebeldes, él había estado a su lado. En ese momento señaló a Murat el cascarón carbonizado de un edificio a la derecha del convoy.

—Antes de la guerra —dijo con grave determinación—, cuando Grozni era todavía un importante centro refinador de petróleo, mi padre trabajaba ahí, en el Instituto del Petróleo. Ahora, en lugar de obtener beneficios de nuestros pozos, tenemos llamaradas que contaminan nuestro aire y nuestra agua.

Los dos rebeldes compartieron en silencio su aflicción ante el desfile de los edificios bombardeados que iban dejando atrás, de las calles vacías salvo por los seres (ya fueran humanos o animales) que hurgaban entre los escombros. Al cabo de varios minutos, se volvieron el uno al otro con el dolor del sufrimiento de su gente reflejado en los ojos. Murat abrió la boca para hablar, pero se quedó inmóvil al oír el inconfundible sonido de unas balas que tintinaban contra su vehículo. Apenas tardó un instante en darse cuenta de que el vehículo estaba siendo alcanzado por el fuego de armas de pequeño calibre, demasiado débiles para penetrar el sólido blindaje. Arsenov, siempre atento, alargó la mano hacia la radio.

—Voy a ordenar a los jefes de los vehículos de cabeza y cola que repelan el fuego.

Murat negó con la cabeza.

—No, Hasan. Piensa. Vamos camuflados con uniformes militares rusos y viajamos en transportes de personal rusos. Lo más probable es que quienquiera que nos esté disparando sea aliado, y no enemigo. Tenemos que asegurarnos antes de mancharnos las manos con sangre inocente.

Le quitó la radio a Arsenov y ordenó al convoy que se detuviera.

—Teniente Gochiyayev —dijo por la radio—, organice una patrulla de reconocimiento con sus hombres. Quiero averiguar quiénes nos están disparando, pero no los quiero muertos.

En el vehículo de cabeza, el teniente Gochiyayev reunió a sus hombres y les ordenó que se desplegaran en abanico por detrás del convoy blindado. Los siguió por la calle llena de escombros, encorvado a causa del frío glacial. Con precisas señales manuales dirigió a sus hombres para que convergieran desde izquierda y derecha en la plaza de donde había partido el fuego de las armas de pequeño calibre.

Sus hombres estaban bien adiestrados; se movieron con rapidez y en silencio desde las piedras a la pared, y de ahí al montón de retorcidas vigas metálicas, encorvados hacia delante, ofreciendo el menor blanco posible. Sin embargo, no se oyeron más disparos. Inmediatamente recorrieron a la carrera el último tramo, y realizaron un movimiento envolvente pensado para atrapar al enemigo y aplastarlo entre un virulento fuego cruzado.

En el vehículo central, Hasan Arsenov, sin apartar la mirada del lugar donde Gochiyayev había hecho converger a los soldados, esperó a oír unos disparos que no llegaron a producirse. En su lugar, lo que apareció en la distancia fueron la cabeza y los hombros del teniente Gochiyayev. Se volvió hacia el vehículo central y agitó el brazo adelante y atrás formando un arco para indicar que la zona se había asegurado. Al ver esa señal, Jalid Murat pasó junto a Arsenov, salió del transporte de personal y se dirigió sin titubeos entre los escombros helados hacia sus hombres.

—¡Jalid Murat! —gritó alarmado Arsenov, mientras echaba a correr detrás de su jefe.

Sin dar señales de inmutarse, Murat caminó hacia un muro bajo y derruido de piedra, el lugar de donde habían partido los disparos. Alcanzó a ver los montones de basura; sobre uno yacía un cadáver con la piel blanca como la cera que en algún momento había sido despojado de sus ropas. Incluso en la distancia el hedor de la putrefacción era como si a uno lo golpearan con un hacha de guerra. Arsenov lo alcanzó y sacó el arma que llevaba en el costado.

Cuando Murat llegó al muro, sus hombres estaban a ambos lados, con las armas preparadas. El viento soplaba a ráfagas irregulares, aullando y gimiendo entre las ruinas. El grisáceo cielo metálico se había oscurecido más, y empezó a nevar. Unos pocos copos cubrieron rápidamente las botas de Murat, y entretejieron una red en la hirsuta maraña de su barba.

—Teniente Gochiyayev, ¿ha encontrado a los agresores?

—Los encontré, señor.

—Alá me ha guiado en todas las cosas; que me guíe en esto. Déjame verlos.

—Sólo hay uno —contestó Gochiyayev.

—¿Uno? —gritó Arsenov—. ¿Quién es? ¿Sabía que éramos chechenos?

—¿Sois chechenos? —dijo una voz insignificante. Una cara pálida surgió de detrás del muro, un niño de no más de diez años. Iba vestido con un sombrero de lana mugriento, un raído jersey que cubría una camisa a cuadros poco tupida, unos pantalones remendados y un par de botas de caucho agrietadas que le quedaban enormes y que probablemente le habrían sido sustraídas a algún hombre muerto. Aunque sólo era un niño, tenía los ojos de un adulto; lo observaba todo con una mezcla de cansancio y desconfianza. Estaba de pie, protegiendo la carcasa de un cohete ruso sin explotar que había rescatado de la basura para conseguir guita; tal vez fuera todo lo que separaba a su familia de la muerte por inanición. Sostenía una pistola en la mano izquierda. El brazo derecho acababa en la muñeca. Murat apartó la vista de inmediato, pero Arsenov continuó mirando fijamente.

—Una mina terrestre —dijo el niño con una naturalidad desgarradora—. Enterrada por la basura rusa.

—¡Loado sea Alá! ¡Menudo soldadito tenemos aquí! —exclamó Murat, dirigiendo su deslumbrante y encantadora sonrisa al muchacho. Era la misma sonrisa con la que se había ganado a su gente, y la había atraído como un imán atrae las limaduras—. Vamos, vamos. —Le hizo una seña, y entonces levantó las palmas vacías de sus manos—. Como puedes ver, somos chechenos, como tú.

—Si sois como yo —dijo el niño—, ¿por qué viajáis en unos carros blindados rusos?

—¿Y qué mejor manera hay de esconderse del lobo ruso, eh? —Murat entrecerró los ojos y soltó una carcajada al ver que el niño sostenía una pistola Gyurza—. Llevas un arma de las fuerzas especiales rusas. Tanto coraje se merece una recompensa, ¿verdad?

Murat se arrodilló junto al niño y le preguntó cómo se llamaba. Cuando éste se lo hubo dicho, le respondió:

—Aznor, ¿sabes quién soy? Soy Jalid Murat, y yo también deseo verme libre del yugo ruso. Juntos podemos conseguirlo, ¿verdad?

—Nunca tuve intención de disparar a unos compatriotas chechenos —dijo Aznor. Con su brazo mutilado señaló el convoy—. Creí que se trataba de una *zachistka*. —Se refería a las monstruosas operaciones de limpieza perpetradas por los soldados rusos en su busca de rebeldes sospechosos. Más de doce mil chechenos habían sido asesinados en el transcurso de las *zachistkas*; de ellos, dos mil habían desaparecido sin más, y muchos otros habían sido heridos, torturados, mutilados y violados—. Los rusos asesinaron a mi padre y a mis tíos. Si hubierais sido rusos, os habría matado a todos.

Un espasmo de furia y frustración le contrajo el rostro.

—Creo que lo habrías hecho —dijo Murat con solemnidad.

Se metió la mano en el bolsillo para coger algunos billetes. El niño se tuvo que meter el arma en la cinturilla del pantalón para cogerlos con la mano que le quedaba. Incliniéndose hacia el niño, Murat le susurró con aire de complicidad:

—Ahora escucha... Te diré dónde comprar más munición para tu Gyurza, de modo que estés preparado cuando se produzca la próxima *zachistka*.

—Gracias.

En el rostro de Aznor se dibujó una gran sonrisa.

Jalid Murat le susurró unas pocas palabras, retrocedió y le alborotó el pelo al niño.

—Alá te acompañará en todo lo que hagas, soldadito.

El líder checheno y su segundo observaron al pequeño trepar por los escombros. Llevaba bajo el brazo los trozos de un cohete ruso sin explotar. Entonces volvieron a su vehículo. Con un gruñido de indignación, Hasan cerró con un portazo la puerta blindada al mundo exterior, al mundo de Aznor.

—¿No te preocupa enviar a un niño a la muerte?

Murat lo miró fijamente. La nieve se había derretido formando unas gotitas temblorosas en su barba. A los ojos de Arsenov parecía más un imán que un jefe militar.

—Lo que le he dado a ese muchacho, que debe alimentar, vestir y, lo que es más importante, proteger al resto de su familia como si fuera un adulto... Le he dado una esperanza, un objetivo concreto. En resumidas cuentas, le he proporcionado una «razón para vivir».

La amargura había hecho palidecer a Arsenov. Se le endurecieron las facciones. En sus ojos había una mirada torva.

—Las balas rusas lo harán añicos.

—¿Es eso lo que realmente piensas, Hasan? ¿Que Aznor es imbécil o, lo que es peor, un insensato?

—No es más que un niño.

—Cuando se planta la semilla, los retoños crecen incluso en el terreno más inhóspito. Siempre ha sido así, Hasan. La fe y el valor de uno crecen y se extienden de manera inevitable... ¡y pronto uno se convierte en diez, en veinte, en ciento, en mil!

—Y mientras tanto, nuestra gente es asesinada, violada, golpeada, condenada a la hambruna y acorralada como si fuera ganado. No es suficiente, Jalid. ¡Ni de lejos es suficiente!

—La impaciencia de la juventud no te ha abandonado, Hasan. —Murat lo cogió por el hombro—. Bueno, no debería sorprenderme, ¿verdad?

Arsenov, al ver la mirada de compasión en los ojos de Murat, apretó la mandíbula y apartó la cara. Las volutas de nieve hacían visibles los remolinos de viento que recorrían la calle, girando como derwiches chechenos en pleno trance frenético. Murat interpretó aquello

como una señal de la importancia de lo que acababa de hacer, de lo que estaba a punto de decir.

—Ten fe —dijo en un murmullo sagrado—, en Alá y en ese valiente chico.

Diez minutos más tarde el convoy se detenía delante del Hospital Número Nueve. Arsenov consultó su reloj.

—Casi es la hora.

Los dos viajaban en el mismo vehículo, con lo que contravenían las precauciones habituales de seguridad, debido a la extrema importancia de la llamada que estaban a punto de recibir.

Murat se inclinó hacia delante, apretó el botón, y el panel de insonorización se levantó, con lo que quedaron aislados del conductor y de los cuatro guardaespaldas que se sentaban en la parte delantera. Como personal bien adiestrado, éstos mantuvieron la mirada fija en el parabrisas a prueba de balas.

—Dime, Jalid, puesto que el momento de la verdad se nos echa encima, cuáles son tus reservas.

Murat arqueó sus hirsutas cejas en una muestra de incompreensión que Arsenov consideró bastante evidente.

—¿Reservas?

—¿No quieres lo que nos corresponde por justicia, Jalid, lo que Alá decreta que deberíamos tener?

—La sangre te hierve en las venas, amigo mío. Lo sé demasiado bien. Hemos combatido hombro con hombro muchas veces... Hemos matado juntos y nos debemos las vidas el uno al otro, ¿verdad? Ahora, escúchame. Compadezco a nuestra gente. Su dolor me llena de una rabia que apenas puedo contener. Quizá lo sepas tú mejor que nadie. Pero la historia aconseja que uno debiera precaverse de lo que más desea. Las consecuencias de lo que se está proponiendo...

—¡De lo que hemos estado planeando!

—Sí, planeando —dijo Jalid Murat—. Pero hay que tener en cuenta las consecuencias.

—Prudencia —dijo Arsenov con amargura—. Siempre la prudencia.

—Amigo mío. —Jalid Murat sonrió mientras le agarraba del hombro—. No quiero dejarme engañar. El enemigo temerario es más fácil de destruir. Debes aprender a hacer de la paciencia una virtud.

—¡Paciencia! —le espetó Arsenov—. No le dijiste al chiquillo de antes que fuera paciente. Le diste dinero y le dijiste dónde debía comprar munición. Lo has mandado contra los rusos. Cada día que perdemos es otro día que ese niño y miles como él se arriesgan a que los asesinen. Es el mismísimo futuro de Chechenia lo que vamos a decidir ahora con nuestra elección.

Murat se apretó los ojos con los pulgares y se los frotó con un movimiento circular.

—Hay otras maneras, Hasan. Siempre hay otras maneras. Tal vez debiéramos tener en cuenta...

—Ya no queda tiempo. Hay que hacer el anuncio, establecer la fecha. El jeque tiene razón.

—El jeque, sí. —Jalid Murat meneó la cabeza—. Siempre el jeque.

En ese momento sonó el teléfono del vehículo. Jalid Murat miró hacia su leal compañero y pulsó tranquilamente el botón del altavoz.

—Sí, jeque —dijo, con un tono de voz respetuoso—. Hasan y yo estamos aquí. Esperamos tus órdenes.

A bastante altura por encima de la calle donde el convoy marchaba al ralentí, una figura se agazapaba en un tejado plano con los codos apoyados en un parapeto bajo. En paralelo al parapeto descansaba un rifle de cerrojo Sako TRG-41 de fabricación finlandesa, uno de los muchos que el sujeto había modificado. La culata de aluminio y poliuretano del rifle lo hacía tan ligero como mortalmente preciso. El hombre iba vestido con un uniforme de camuflaje del ejército ruso, lo que no desentonaba con la tersura de sus rasgos asiáticos. Encima del uniforme llevaba un liviano correa de Kevlar del que colgaba una anilla metálica. En la palma de la mano derecha sostenía una pequeña caja de color negro mate no mayor que un paquete de cigarrillos. Era un dispositivo inalámbrico provisto de dos botones. Del hombre emanaba cierta quietud, una especie de aura que intimidaba a la gente. Era como si comprendiera el silencio, pudie-

ra hacer acopio de él, manipularlo, y luego desatarlo como si fuera un arma.

En sus ojos negros se concentraba el mundo entero, y la calle y los edificios que escudriñaba en ese momento no eran más que el decorado de un escenario. Fue contando a los soldados chechenos a medida que salían de los vehículos de escolta. Había dieciocho. Los conductores seguían sentados detrás de los volantes, y en el vehículo central había al menos cuatro escoltas, además de los jefes.

Cuando los rebeldes traspasaron la entrada principal del hospital con la intención de asegurar el lugar, apretó el botón superior del control remoto inalámbrico y las cargas C4 explotaron, derrumbando la entrada del hospital. La onda expansiva sacudió la calle, e hizo que los pesados vehículos se estremecieran sobre sus descomunales amortiguadores. Los rebeldes a quienes la explosión alcanzó de lleno saltaron por los aires hechos pedazos o acabaron aplastados bajo el peso de los escombros, pero él sabía que al menos algunos de los rebeldes podrían haberse adentrado lo suficiente en el vestíbulo del hospital como para haber sobrevivido, una contingencia que había previsto en su plan.

Con el estruendo de la primera explosión resonando aún y la polvareda todavía sin disiparse, la figura bajó la mirada al dispositivo inalámbrico de su mano y apretó el botón inferior. Por delante y por detrás del convoy la calle estalló con una explosión ensordecedora que provocó el hundimiento del macadán ya erosionado por las bombas.

En ese momento, aun cuando los hombres de abajo seguían intentando asumir la carnicería que les había infligido, el asesino cogió el Sako y lo movió con una precisión metódica y pausada. El rifle estaba cargado con proyectiles especiales no fragmentarios del menor calibre que era capaz de albergar. A través de su mira telescópica de infrarrojos vio a tres rebeldes que habían conseguido escapar de la explosión sólo con heridas leves. Se dirigían a la carrera hacia el vehículo central, gritando a los ocupantes que salieran antes de que lo destruyese otra explosión. El sujeto los observó mientras abrían de un tirón las puertas de la derecha y permitían que salieran Hasan Arsenov y uno de los escoltas. Aquello dejó al conductor y a los otros tres guardaes-

paldas dentro del coche con Jolid Murat. Cuando Arsenov empezó a alejarse, la figura ajustó la mira sobre su cabeza. A través de ella advirtió la expresión de mando en el rostro de Arsenov. Entonces desplazó el cañón con un movimiento suave y experto, esta vez apuntando al muslo del checheno. La figura apretó el gatillo, y Arsenov se agarró la pierna izquierda, gritando mientras caía. Uno de los escoltas echó a correr hacia Arsenov, arrastrándolo para ponerlo a cubierto. Los dos escoltas restantes adivinaron con rapidez de dónde había procedido el disparo, cruzaron la calle a la carrera y entraron en el edificio en cuyo tejado estaba agazapada la figura.

Cuando aparecieron tres rebeldes corriendo por la entrada lateral del hospital, el asesino dejó el Sako. En ese momento observó que el coche que albergaba a Jolid Murat daba marcha atrás bruscamente. Por debajo de él y a sus espaldas oyó a los rebeldes que subían ruidosamente la escalera que conducía a su privilegiada posición en el tejado. Sin perder la calma todavía, se ajustó unos clavos de titanio y corindón a las botas. Acto seguido cogió una ballesta de aleación y disparó un cable contra un poste de la luz situado justo detrás del vehículo central. Hecho esto, ató el cable y se aseguró de que estuviera tenso. Hasta él llegó un vocerío; los rebeldes habían llegado al piso que estaba justo debajo de él.

En ese momento la parte delantera del vehículo se había situado frente a él, mientras el conductor intentaba maniobrar para sortear los enormes trozos de asfalto, granito y adoquines que había arrojado la explosión. El asesino alcanzó a ver el leve resplandor de las dos hojas de vidrio de las que estaba compuesto el parabrisas. Aquél era el único problema que los rusos no habían solucionado todavía: blindar un cristal hecho de unas hojas tan pesadas hacía necesario utilizar dos de ellas para formar el parabrisas. El único punto vulnerable de aquel transporte de personal era la banda metálica que separaba las hojas.

El asesino cogió la resistente anilla metálica amarrada a su correa y con un golpe seco la sujetó al tenso cable. Oyó detrás de él a los rebeldes en el momento en que éstos irrumpían en el tejado por la puerta situada a unos treinta metros de distancia. Tras localizar al asesino, giraron sobre sus talones para dispararle mientras se dirigían corriendo hacia él. No se dieron cuenta de que habían activado un

cable trampa. De inmediato se vieron envueltos por la feroz detonación del último paquete de c4 que el asesino había colocado la noche anterior.

Sin volverse ni un instante para confirmar el alcance de la carnicería que dejaba detrás, el asesino comprobó el cable y se arrojó del tejado. Bajó deslizándose por el cable, levantando las piernas para que los pinchos se dirigieran hacia el separador del parabrisas. Todo dependía ya de la velocidad y el ángulo con el que golpease la división entre las hojas blindadas del parabrisas. Si fallaba, aunque sólo fuera por un pelo, el separador resistiría y tendría muchas probabilidades de romperse la pierna.

La fuerza del impacto se propagó como un rayo por sus piernas, sacudiéndole la columna vertebral cuando los pinchos de titanio y corindón de sus botas estrujaron el separador como si fuera una lata y, ya sin nada que las sujetara, hundieron las hojas de cristal. El asesino atravesó con estrépito el parabrisas y se introdujo en el interior del vehículo, arrastrando con él gran parte del parabrisas. Un pedazo del mismo golpeó al conductor en el cuello, y se lo cercenó a medias. El asesino giró hacia la izquierda. El guardaespaldas del asiento delantero estaba cubierto de sangre del conductor. Cuando estiraba el brazo hacia el arma, el asesino le cogió la cabeza entre sus poderosas manos y le rompió el cuello antes siquiera de que tuviera oportunidad de disparar un tiro.

Los otros dos guardaespaldas de los estrapontines situados justo detrás del conductor dispararon frenéticamente al asesino, quien empujó al del cuello roto para que su cuerpo absorbiera los disparos. Desde detrás de esta protección improvisada utilizó el arma del guardaespaldas para meterles certeramente sendas balas entre ceja y ceja a cada uno de los hombres.

Aquello dejaba solo a Jalid Murat. El líder checheno, con una máscara de odio en el rostro, había abierto la puerta de una patada y llamaba a sus hombres a gritos. El asesino arremetió contra Murat, e hizo tambalearse a aquel hombre enorme como si fuera una rata de agua; Murat le lanzó un mordisco y estuvo en un tris de arrancarle una oreja. Con calma, metódicamente, casi feliz, el asesino le rodeó el cuello con las manos y, mientras lo miraba fijamente a los ojos, hundió el

pulgar en el cartílago cricoide, en la parte inferior de la laringe del líder checheno. La sangre anegó de inmediato la garganta de Murat, asfixiándolo y consumiéndole toda la fuerza. Sacudió los brazos, y golpeó con las manos la cara del asesino. En vano; Murat se estaba ahogando en su propia sangre. Sus pulmones se anegaron, y su respiración se volvió entrecortada y densa. Entonces, tras un vómito de sangre, sus ojos se quedaron en blanco en las cuencas.

Mientras dejaba caer el cuerpo ya inerte, el asesino volvió a sentarse en el asiento delantero y arrojó el cadáver del conductor por la puerta. Metió violentamente una marcha y pisó el acelerador antes de que los rebeldes que quedaban pudieran reaccionar. El vehículo salió disparado desde la puerta como un caballo de carreras, pasó volando por encima de los escombros y el asfalto, y se esfumó en el escaso aire cuando se precipitó al agujero que las explosiones habían abierto en la calle.

Una vez bajo tierra, el asesino metió una marcha más larga y aceleró por el angosto espacio de una tubería de recogida de aguas pluviales que los rusos habían ensanchado con la intención de utilizarla para efectuar ataques clandestinos contra los baluartes rebeldes. Las chispas saltaban cuando el guardabarros metálico se rascaba aquí y allá contra las curvas paredes de hormigón. A pesar de todo, estaba a salvo. Su plan había terminado como había empezado: con la precisión de un perfecto mecanismo de relojería.

Después de medianoche, las nocivas nubes se alejaron y permitieron al menos ver la luna. La atmósfera cargada de detritus le confería un resplandor rojizo, y su luz tenue se veía alterada por los fuegos que seguían ardiendo intermitentemente.

Dos hombres estaban parados en el centro de un puente de acero. Bajo ellos, los restos carbonizados de una guerra interminable se reflejaban en la mansa superficie del agua.

—Se acabó —dijo el primero—. Jalid Murat ha sido asesinado de una manera que causará el mayor de los impactos.

—No esperaba menos, Jan —dijo el segundo hombre—. En buena medida debes tu intachable reputación a mis encargos.

Medía sus buenos diez centímetros más que el asesino, y tenía hombros cuadrados y piernas largas. Lo único que estropeaba su aspecto era la extraña y vidriosa piel absolutamente lampiña del lado izquierdo de la cara y el cuello. Poseía el carisma de un líder nato, un hombre con quien era mejor no jugar. Era evidente que se encontraba a sus anchas en los grandes salones del poder, en los foros públicos o en los callejones frecuentados por criminales.

Jan seguía saboreando la mirada que había visto en los ojos de Murat al morir. En cada hombre la mirada era diferente. Jan había aprendido que no había un rasgo común, porque la vida de cada hombre era única y, aunque todos eran pecadores, la degradación que provocaban sus pecados difería de uno a otro, como la estructura de un copo de nieve, que nunca se repetía. Y ¿qué era lo que había habido en la de Murat? Miedo, no. Asombro, sí; ira, sin duda; pero también algo más, algo más profundo: la pena de dejar inconcluso el trabajo de una vida. La disección de la última mirada era siempre incompleta, pensó Jan. Echaba de menos saber si también había habido traición. ¿Llegó a saber Murat quién había ordenado su asesinato?

Miró a Stepan Spalko, quien le estaba tendiendo un sobre lleno de dinero.

—Tus honorarios —dijo Spalko—. Más una gratificación.

—¿Una gratificación? —El asunto del dinero hizo que Jan volviera a concentrar toda su atención en lo apremiante—. No se habló de gratificaciones.

Spalko se encogió de hombros. La rojiza luz de la luna hizo que su cuello y su mejilla brillaran como una masa sanguinolenta.

—Jalid Murat era tu vigésimo quinto encargo conmigo. Considéralo un regalo de cumpleaños, si lo prefieres.

—Es de lo más generoso, señor Spalko.

Jan se guardó el sobre sin mirar su contenido. Cualquier otra cosa habría sido de muy mala educación.

—Te he pedido que me llames Stepan. Yo te llamo Jan.

—Eso es diferente.

—Y ¿por qué?

Jan estaba muy quieto. El silencio fluyó hacia él, se acumuló en su interior e hizo que pareciera más alto y más ancho.

—No necesito darle explicaciones, señor Spalko.

—Vamos, vamos —dijo Spalko con un gesto conciliador—. Estamos muy lejos de ser unos extraños. Compartimos unos secretos de una naturaleza de lo más íntima.

El silencio aumentó. En algún lugar de las afueras de Grozni una explosión iluminó la noche, y el sonido de las armas de pequeño calibre llegó hasta ellos como una sucesión de petardos infantiles.

Finalmente, Jan habló.

—En la selva aprendí dos lecciones mortales. La primera fue confiar sólo y exclusivamente en mí. La segunda fue seguir a rajatabla hasta el detalle más insignificante de lo que le es propio a la civilización, porque saber cuál es tu lugar en el mundo es lo único que se interpone entre tú y la anarquía de la selva.

Spalko lo observó durante un buen rato. El intermitente resplandor del tiroteo se reflejaba en los ojos de Jan, y le conferían un aspecto salvaje. Spalko se lo imaginó solo en la selva, presa de las privaciones, víctima de la codicia y del deseo gratuito de matar. La selva del Sureste Asiático era un mundo en sí mismo. Una zona brutal y mortífera con sus propias y peculiares leyes. El que Jan no sólo hubiera sobrevivido a ella, sino que además hubiera prosperado, era, al menos en opinión de Spalko, el misterio fundamental que lo envolvía.

—Me gustaría creer que somos algo más que un comerciante y su cliente.

Jan sacudió la cabeza.

—La muerte tiene un perfume particular. Y la huelo en usted.

—Y yo en ti. —Una sonrisa se dibujó lentamente en el rostro de Spalko—. Así que estamos de acuerdo: entre nosotros hay algo especial.

—Somos hombres de secretos —dijo Jan—, ¿verdad?

—Un culto a la muerte; la comprensión compartida de su poder. —Spalko acompañó su aprobación con un gesto de la cabeza—. Tengo lo que pediste.

Le alargó una carpeta negra.

Jan miró a Spalko a los ojos durante un instante. Su naturaleza perspicaz había captado un aire de cierta condescendencia que se le antojó inexcusable. Como había aprendido a hacer hacía mucho tiem-

po, sonrió ante el insulto y ocultó su ira detrás de la máscara impenetrable de su cara. En la selva había aprendido otra lección: la de que actuar al instante, con la sangre caliente, solía llevar a cometer una equivocación irreparable. Sin embargo, la venganza tenía éxito si sabía esperar con paciencia a que se enfriara la sangre. Cogió la carpeta y se entretuvo en abrir el informe. En su interior encontró una única hoja de papel cebolla con tres breves y apretados párrafos mecanografiados y la foto de un atractivo rostro masculino. Bajo la foto había un nombre: David Webb.

—¿Esto es todo?

—Seleccionado entre multitud de fuentes. Toda la información que se tiene sobre él.

Spalko lo dijo con tanta soltura que Jan no tuvo ninguna duda de que había ensayado la respuesta.

—Pero éste es el hombre.

Spalko asintió con la cabeza.

—No cabe ninguna duda.

—Absolutamente ninguna.

A juzgar por la ampliación del resplandor, el tiroteo se había intensificado. Se podían oír los morteros, que llevaban consigo una lluvia de fuego. En lo alto, la luna pareció brillar con un rojo más intenso.

Jan entornó los ojos y cerró lentamente el puño con fuerza en un gesto de odio.

—Nunca pude encontrar el menor rastro de él. Sospechaba que había muerto.

—En cierto sentido —dijo Spalko—, lo está.

Se quedó observando a Jan cuando éste cruzó el puente. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Aspiraba el humo hasta los pulmones y lo soltaba de mala gana. Cuando Jan hubo desaparecido entre las sombras, Spalko sacó un móvil y marcó un número del extranjero. Respondió una voz, y Spalko dijo:

—Ya tiene el expediente. ¿Todo en orden?

—Sí, señor.

—Bien. La operación empezará a medianoche, hora local de ahí.



PRIMERA PARTE



1

David Webb, profesor de Lingüística de la Universidad de Georgetown, estaba enterrado bajo un montón de trabajos trimestrales sin corregir. Avanzaba a grandes zancadas por los mohosos pasillos traseros del descomunal Healy Hall, camino del despacho de Theodore Barton, su jefe de departamento. Llegaba tarde, de ahí que utilizara aquel atajo que había descubierto hacía mucho y que lo llevaba por pasillos estrechos y mal iluminados que pocos alumnos conocían o se molestaban en utilizar.

Su vida estaba sujeta a un benévolo flujo y reflujo impuesto por las restricciones de la universidad. Su año estaba delimitado por las responsabilidades de los semestres de Georgetown. El crudo invierno en que éstos empezaban daba paso a regañadientes a una indecisa primavera, y acababa con el calor y la humedad de la semana de los exámenes finales del segundo semestre. Una parte de él se resistía a la serenidad, la parte que pensaba en su anterior vida en el servicio clandestino del gobierno de Estados Unidos, la parte que le hacía mantener la amistad con su antiguo adiestrador, Alexander Conklin.

Estaba a punto de doblar una esquina cuando oyó alzarse unas voces chillonas, seguidas de una risa burlona, y vio unas sombras de aspecto amenazante bailando por la pared.

—¡Mamón de mierda, vamos a hacer que tu amarilla lengua te salga por la nuca!

Bourne dejó caer el montón de trabajos que transportaba y dobló la esquina a toda velocidad. Cuando lo hizo, vio que tres jóvenes negros, ataviados con sendos abrigos que les llegaban hasta los tobillos, formaban un amenazador semicírculo en torno a un asiático que se encontraba acorralado contra la pared del pasillo. Se habían parado de una manera, con las rodillas ligeramente dobladas y las extremidades superiores relajadas y ligeramente oscilantes, que hacía que sus cuerpos tuvieran el aspecto contundente e inquietante de unas armas,

amartilladas y listas. Con un respingo, se percató de que la víctima era Rongsey Siv, uno de sus alumnos favoritos.

—Mamón de mierda —gruñó uno de ellos, un tipo enjuto y nervudo con una expresión nerviosa y temeraria en su rostro desafiante—, nosotros entramos aquí y recogemos las mercancías que cambiamos por *colorao*.*

—Nunca se tiene suficiente *colorao* —dijo otro con el tatuaje de un águila en la mejilla. Deslizó adelante y atrás un enorme anillo de oro de talla cuadrada, uno de los muchos que llevaba en los dedos de su mano derecha—. O es que no sabes lo que es el *colorao*, ¿eh, mono amarillo?

—Sí, mono amarillo —dijo el nervioso con los ojos abiertos como platos—. No parece saber una mierda.

—Quiere detenernos —dijo el del tatuaje en la mejilla, inclinándose hacia Rongsey—. Sí, mono amarillo, ¿cómo lo vas a hacer, nos vas a matar con tu jodido kung-fu?

Se echaron a reír escandalosamente, haciendo estilizados gestos de patear a Rongsey, quien se encogió aún más contra la pared a medida que sus agresores cerraban el círculo.

El tercer negro, un tipo corpulento y lleno de músculos, sacó un bate de béisbol de debajo de los voluminosos pliegues de su largo abrigo.

—Está bien. Levanta las manos, mono amarillo. Te vamos a romper bien los nudillos. —Golpeó el bate contra la palma ahuecada de su otra mano—. ¿Los quieres todos de golpe o uno a uno?

—Yo... —gritó el nervioso—, no tiene que elegir.

Sacó su propio bate de béisbol y avanzó con aire amenazador sobre Rongsey.

Cuando el nervioso blandió su bate, Webb se acercó a ellos. Tan silencioso fue su acercamiento, tan concentrados estaban en el daño que estaban a punto de infligir, que no fueron conscientes de su presencia hasta que lo tuvieron encima.

* El autor emplea un término jergal, *bling-bling*, que alude al tipo de joyería llamativa que utilizan algunos grupos de afroamericanos. En el lenguaje marginal español, *colorao* es el término utilizado para referirse al oro. (*N. del T.*)

Webb agarró el bate del nervioso con su mano izquierda cuando el artefacto bajaba ya hacia la cabeza de Rongsey. Mejilla Tatuada, que estaba a la derecha de Webb, soltó una sonora palabrota y blandió el puño, los nudillos erizados de anillos de bordes afilados, y lo dirigió a las costillas de Webb.

En ese instante, desde el lugar velado y en sombras situado en el interior de la cabeza de Webb, la imagen de Bourne tomó las riendas con mano firme. Webb desvió el golpe de Mejilla Tatuada con el bíceps, se adelantó un paso y le estampó el codo en el esternón. Mejilla Tatuada se desplomó, agarrándose el pecho.

El tercer matón, más grande que los otros dos, soltó una palabrota y, mientras dejaba caer el bate, sacó una navaja automática. Arremetió entonces contra Webb, quien se interpuso en la trayectoria del ataque y propinó un golpe fuerte y seco contra el interior de la muñeca del agresor. La navaja cayó al suelo y salió disparada por el pasillo. Webb enganchó el pie izquierdo por detrás del tobillo del otro y lo levantó del suelo. El matón grande cayó de espaldas, se dio la vuelta de costado y se alejó gateando.

Bourne le arrancó el bate de béisbol de la mano al matón nervioso.

—*Pasma* hijo de puta —masculló el matón. Tenía las pupilas dilatadas, la mirada perdida a causa de alguna droga cualquiera que hubiera tomado. Sacó una pistola (una pipa barata) y apuntó a Webb con ella.

Webb lanzó el bate con una precisión absoluta, y golpeó al matón nervioso entre los ojos. Éste se tambaleó hacia atrás mientras gritaba, y su pistola salió volando.

Alertados por el ruido de la pelea, un par de guardias de seguridad del campus aparecieron por la esquina a todo correr. Rozaron a Webb al pasar, mientras perseguían ruidosamente a los matones, quienes salieron huyendo sin pararse a mirar atrás. Los otros dos ayudaban al nervioso. Cruzaron como una exhalación la puerta trasera del edificio, y salieron al brillante sol de la tarde con los guardias pisándoles los talones.

A pesar de la intervención de los guardias, Webb sintió que el deseo de Bourne de perseguir a los matones le corría vivamente por el cuerpo. Con qué rapidez se había levantado aquel deseo de su sueño psíquico, con qué facilidad le había arrebatado el control de sí mismo.

¿Era eso lo que quería? Webb respiró profundamente, adoptó una apariencia de control y se volvió para encarar a Rongsey Siv.

—¡Profesor Webb! —Rongsey intentó aclararse la garganta—. No sé...

De repente pareció sentirse abrumado. Sus grandes ojos negros estaban abiertos como platos tras los cristales de las gafas. Su expresión era, como siempre, de impasibilidad, pero en aquellos ojos Webb percibió todo el miedo del mundo.

—Ya pasó todo.

Webb le rodeó los hombros con el brazo. Como siempre, el cariño que sentía por el refugiado camboyano se estaba abriendo paso a través de su circunspección de profesor. No podía evitarlo. Rongsey había superado una gran adversidad, la de haber perdido a casi toda su familia en la guerra. Rongsey y Webb habían estado en las mismas selvas del Sureste Asiático y, por más que se esforzaba, Webb era incapaz de deshacerse del todo del laberinto de aquel mundo caliente y húmedo. Al igual que una fiebre recurrente, aquello no te abandonaba nunca realmente. Aceptar esto le produjo un escalofrío, como si fuera un sueño que se tiene despierto.

—*Loak soksapbae chea tay?* «¿Cómo te encuentras?» —le preguntó en jemer.

—Estoy bien, profesor —contestó Rongsey en el mismo idioma—. Pero yo no... Bueno, ¿cómo es que usted...?

—¿Por qué no vamos fuera? —sugirió Webb. Ya era bastante tarde para la reunión con Barton, pero no podía importarle menos. Cogió la navaja automática y la pistola. Cuando examinó el mecanismo de la pistola, el percutor se rompió. Arrojó el arma inservible a una papelera, pero se guardó la navaja en el bolsillo.

Rongsey le ayudó a recoger los trabajos trimestrales desparramados a la vuelta de la esquina. Luego recorrieron en silencio los pasillos, cada vez más poblados a medida que se acercaban a la parte delantera del edificio. Webb reconoció la naturaleza especial de aquel silencio, la pesada densidad del tiempo que vuelve a la normalidad después de un incidente de violencia compartida. Era algo propio de los tiempos de guerra, una consecuencia de la selva; era extraño e inquietante que ocurriera en aquel abarrotado campus metropolitano.

Después de abandonar el pasillo, se unieron al enjambre de estudiantes que abarrotaban las puertas de acceso al Healy Hall, el edificio principal del campus. En su interior, en el centro del suelo, relucía el sagrado sello de la Universidad de Georgetown. Una gran mayoría de estudiantes lo sorteaban al pasar, porque una leyenda universitaria sostenía que, si pisabas el sello, jamás acabarías la carrera. Rongsey era de los que evitaban pisarlo, aunque Webb pasó a grandes zancadas por en medio del sello sin ningún tipo de escrúpulos.

Una vez fuera, se detuvieron bajo el mantecoso sol primaveral, de cara a los árboles y al Old Quadrangle, el patio interior del campus, respirando el aire con su leve aroma a flores en ciernes. Detrás de ellos se alzaba la imponente presencia del Healy Hall, con su impresionante fachada georgiana de ladrillo rojo, sus buhardillas decimonónicas, el tejado de pizarra y el chapitel central del reloj de sesenta metros.

El camboyano se volvió hacia Webb.

—Gracias, profesor. Si no llega a aparecer..

—Rongsey —dijo Webb con amabilidad—, ¿quieres hablar de ello?

Los ojos del estudiante eran oscuros, ilegibles.

—¿Qué es lo que hay que decir?

—Supongo que eso dependerá de ti.

Rongsey se encogió de hombros.

—Estoy bien, profesor Webb. De verdad. No es la primera vez que me llaman de todo.

Webb siguió mirando a Rongsey durante un momento, y de repente se sintió embargado por un sentimiento que hizo que le escocieran los ojos. Deseó coger al muchacho entre sus brazos, abrazarlo con fuerza, prometerle que no le volvería a ocurrir nada malo. Pero sabía que la educación budista de Rongsey no le permitiría aceptar semejante gesto. ¡Quién podía saber lo que estaba pasando por debajo de aquella fachada de aparente fortaleza! Webb había visto a muchos otros como Rongsey, obligados por las exigencias de la guerra y del odio cultural a ser testigos de la muerte, del desmoronamiento de una cultura; la clase de tragedias que la mayoría de los estadounidenses no eran capaces de comprender. Sentía una poderosa afinidad con Rongsey, un lazo emocional teñido de una terrible tristeza, la aceptación de la herida que llevaba dentro que nunca podría cerrarse realmente.